MEDITACION XLII

DE LOS MISTERIOS QUE ESTÁN ENCERRADOS EN CRISTO CRUCIFICADO

PUNTO PRIMERO

En Cristo crucificado se ha de considerar.—1. La grandeza de la divinidad que con su bondad, sabiduría y omnipotencia, como con tres dedos, sustenta los cielos y la tierra.—2. Su extrema humillacion en la cruz donde le tienen sujetado no tanto los tres clavos materiales, cuanto otros tres espirituales, que son: amor, obediencia y celo.

Puesto á los piés de la cruz, y levantando los ojos del alma al que está puesto en ella, para conocer y penetrar todo lo que allí hace y representa, tengo de considerar:

1. Lo primero, quién es el que está allí crucificado, ponderando el motivo que hubo para ello de su parte, que fué su sola bondad y misericordia, y de la nuestra, que fué el remedio de nuestra miseria (1). Levanta, pues, oh alma mia, tus ojos desde la cruz al cielo, y desde aquel trono de ignominia que está en el monte Calvario, al trono de gloria que está en el cielo empíreo; y considera la infinita majestad de aquel Señor que está crucificado, cómo es Dios eterno é inmenso, *cuya silla es el cielo, y la tierra es estrado de sus piés,* el cual *está sentado sobre los querubines, y anda sobre las plumas de los vientos* (2). Es sumamente sabio y todopoderoso, por quien fue-

(1) D. Th. 3, p. q. 46 a 6. — (2) Isai. LXVI, 1, Ps. XVII, 11.

ron criadas todas las cosas del cielo y de la tierra, ángeles y hombres. Y como dice Isaías: *Sustenta con tres dedos la redondez de la tierra* (1), porque con su bondad, sabiduría y omnipotencia la conserva.

2. Y despues que hubieres considerado esto, baja tus ojos á mirar la extremada bajeza y miseria de que esta divina Persona está vestida en la cruz, ponderando cómo su afligido cuerpo está sustentado con otro ternario de tres agudos clavos que le tienen asido en aquel madero, sin poderse menear de una parte á otra, los cuales de tal manera sustentan la carga de su cuerpo, que le atormentan con gran dolor, y le atormentarán hasta quitarle la vida. Y haciendo comparacion de lo que esta divina Persona tiene en estos dos tronos, quedarás admirado y pasmado de que tanta grandeza haya venido á tanta bajeza; y cubriendo como los serafines lo alto y lo bajo de tu Redentor por no alcanzarlo, dirás con grande afecto: *Santo, Santo, Santo eres, Señor Dios de los ejércitos* (2): tres veces eres Santo por los tres dedos con que sustentas el mundo; y tres veces Santo, por los tres clavos que sustentan tu cuerpo en la cruz, y mucho más por otros tres con que tú mismo te has clavado en ella: uno de amor á los hombres, otro de obediencia á tu Eterno Padre, y otro de celo por su gloria y de nuestro bien, los cuales te tienen asido más fuertemente que los de acero. Gracias te doy, Redentor soberano, por este amor, obediencia y celo con que estás fijado en tu cruz. Suplícote, Señor, que me claves con esos mismos clavos en ella, de modo que siempre te ame más que á mí, y obedezca á tu voluntad, sin hacer caso de la mia, y cele

(1) Isai. XL, 12. — (2) Isai. VI, 3.

tu honra y mi salvacion eterna, sin cuidar mucho de lo que presto se pasa. Y si estos clavos no me tuvieren bien fijo, *enclava*, Señor, *mis carnes con los clavos del temor* (1), haciendo que tema tus ocultos juicios, tu rigurosa justicia y mi eterna condenacion, de modo que me libres de ella. Amen.

PUNTO SEGUNDO

Cristo en la cruz es juntamente Sacerdote y sacrificio.

Lo segundo tengo de considerar, cómo este Señor que está en la cruz, es aquel gran Sacerdote, *segun el órden de Melchisedech* (2), supremo Pontífice de la Iglesia, escogido y llamado de Dios con más excelencia que Aaron, príncipe de los pastores, y obispo vigilantísimo de nuestras almas (3), el cual subió á la cruz para ofrecer un sacrificio sangriento, el más excelente que jamás se ofreció en la tierra.

Las insignias de este sumo Sacerdote son dolorosas y afrentosas, pero misteriosas. Por mitra tiene una corona de espinas, fija en su cabeza, porque es cabeza perpétua de la Iglesia y Sacerdote eterno, que nunca se ha de acabar. El báculo pastoral es la cruz. Los anillos son los clavos de las manos. La vestidura sacerdotal de varios colores, es su carne, labrada con varios cardenales y llagas causadas de los azotes. De esta manera entró nuestro buen Jesus una sola vez en el *Sancta Sanctorum* á ofrecer sacrificio (4), no de animales sino de sí mismo; no por sí mismo, sino por nosotros; no sacrificio comun

(1) Ps. CXVIII, 120. — (2) Hebr. VI, 20.
(3) I Petr. II, 25 et V, 4. — (4) Hebr. IX, 12.

que se divida, sino holocausto que todo se abrase con fuego de dolor y con fuego de amor, derramando toda su sangre en remision de nuestros pecados, hasta quedar muerto y consumido en la cruz. Oh sumo Sacerdote, ¡cuán caro te cuesta aplacar la ira de Dios contra nosotros, pues no te contentas con ofrecer carne y sangre de animales, sino tu propia carne y sangre unidas con tu divinidad y apartadas entre sí con excesiva crueldad! Necesaria era tal ofrenda como la tuya para satisfacer de justicia por tal ofensa como la nuestra. Menester era que fuese Dios el sacerdote y el sacrificio, para que Dios quedase del todo contento y aplacado. ¿Qué te daré, oh supremo Pontífice y Pastor de mi alma, por este sacrificio que estás ofreciendo en la cruz por ella? Deseo asistir á éste tu sacrificio sangriento, y ofrecerte un sacrificio de mi corazon contrito y humillado; contrito, por los pecados que cometí contra ti, y humillado, por ver los dolores y afrentas que padeces por mí. Y demás de esto, te ofreceré otro *sacrificio de alabanza* (1) por lo mucho que haces por mi salud, con propósito de hacer lo posible por tu servicio. Acepta, Señor, estos sacrificios, vísteme de las insignias de tu sacerdocio, y hazme semejante á ti en lo mucho que padeces por mí.

(1) Ps. XLIX, 14.

PUNTO TERCERO

Cristo en el monte Calvario y en la cátedra de la cruz, nos enseña como Doctor y Maestro prácticamente lo mismo que nos predicó en el monte de las Bienaventuranzas y en toda su vida.

Lo tercero, tengo de mirar á Jesucristo crucificado, como á Doctor y Maestro, enviado por el Eterno Padre al mundo, para enseñarnos los caminos de la verdad y virtud, y las sendas de la santidad y perfeccion; el cual habiéndolas enseñado por palabra y obra en los treinta y tres años de su vida, al fin de ella se sube á la cátedra de la cruz, y allí hace un epílogo de todo cuanto ha enseñado con excelentísima perfeccion, porque así como cuando comenzó á predicar se subió á un monte, sentándose con sus discípulos, abrió su boca (1), y les predicó las ocho bienaventuranzas, que son ocho actos heróicos de virtud en que se funda la perfeccion evangélica; así ahora sube al monte Calvario, y puesto en la cruz platica estas mismas virtudes, con la mayor excelencia que jamás las ejercitó, al modo que se dijo en el punto sexto de la meditacion fundamental. Y habiendo ponderado su pobreza, humildad y las demás, he de imaginar que Dios nuestro Señor me dice aquellas palabras que dijo á Moisés: *Mira y obra segun el ejemplar que se te ha mostrado en el monte* (2), esto es, mira el ejemplo de virtudes que mi Hijo te ha dado en el monte Calvario, y obra segun ellas, aprendiendo la leccion que te ha leido. Ponte, pues, oh alma mia, á los piés de la

(1) Matth. v, 1-2.—(2) Exod. xxv, 40.

cruz, y oye con atencion la leccion que te está leyendo Cristo crucificado; y pues le cuesta tanto el leerla, no seas perezosa en oirla y repetirla; imprímela en tu corazon, y ponla luego por obra, con tantas veras, que puedas decir con el Apóstol: *No me precio de saber otra cosa entre los hombres, sino á Cristo, y éste crucificado* (1). ¡Oh Maestro soberano, que dijiste: *Si yo fuere levantado de la tierra, todas las cosas traeré á mí* (2); trae mi memoria, para que piense siempre lo que ahí me enseñas; y mi entendimiento, para que lo penetre; y mi voluntad, para que lo ame, y todo mi espíritu, para que lo imite! Oh Vírgen sacratísima y discípulo amado del Señor, que estando al pié de la cruz oisteis esta soberana leccion y os aprovechasteis altamente de ella; suplicad á este soberano Maestro la estampe en mi corazon, como la estampó en el vuestro. Amen.

PUNTO CUARTO

Cristo como Capitan vence con sus dolores é ignominias á la serpiente infernal, alcanzándonos perdon del pecado que ella introdujo en el mundo, y mata al dragon con sus siete cabezas, que son los vicios capitales.

Luego tengo de considerar, cómo el que está en la cruz es *el Señor de los ejércitos, el Dios de* las batallas y *de las venganzas* (3), Capitan y *guerrero fortísimo;* el cual en el campo raso del monte Calvario presenta la batalla á las potestades del infierno y á los príncipes de este mundo, y pelea contra ellos, y allí los vence, destruyendo el reino del pecado.

(1) 1 Cor. ii, 2.—(2) Ioan. xii, 32.
(3) Ierem. x, 16, Ps. xciii, 16, Ierem. xx, 11.

Las armas con que pelea son la cruz, clavos, espinas y los demás instrumentos de sus dolores é ignominias; con las cuales, quebrantando y desmenuzando su sacratísimo cuerpo, quebranta la cabeza de la serpiente (1) que engañó á nuestros primeros padres, y por ellos introdujo en el mundo el pecado original, cuyo perdon nos alcanzó en la cruz. Y demás de esto quebrantó las siete cabezas del dragon bermejo (2), que son los siete vicios capitales que nacieron de este pecado original; quebrantó la soberbia, con sus ignominias y desprecios, sufridos con profundísima humildad; venció la gula, gustando la hiel y vinagre que le dieron para refrigerar su sed; rindió los deleites de la lujuria, con los terribles dolores que padeció en todos los miembros de su cuerpo; destruyó la avaricia, con su extremada pobreza y desnudez; sujetó la ira, con su heróica mansedumbre y paciencia; venció la envidia, con los excelentes actos de caridad que ejercitó para nuestro bien. Finalmente, destruyó la pereza, con el fervor que mostró en toda la obra de nuestra redencion.

De esta manera nuestro buen Jesus, tomando forma de serpiente en la cruz, peleó como la serpiente de Moisés con las serpientes de los Magos, y las tragó (3), tragando y deshaciendo todos los pecados que inficionan el mundo; y como Gedeon quebrantando el cántaro que tenia en su mano, con el resplandor de la lámpara que estaba dentro de él, espantó y venció á los madianitas (4), así nuestro Capitan, quebrantado su cuerpo con los trabajos de la

(1) Gen. III, 15.—(2) Apoc. XII, 3-9
(3) Exod. VII, 12.—(4) Iudic. VII, 20.

pasion, con el resplandor de las virtudes que de él salieron, venció los vicios y desbarató los poderes del infierno. Y este gran Dios de las venganzas, vengando en su cuerpo las injurias hechas contra su Padre, tomó venganza de sus enemigos, y los puso debajo de sus piés, enseñándome á mí el modo de vengar en mí mismo las injurias que hice á Dios, y el modo de vencer al demonio, mundo y carne, y á los vicios que hacen guerra contra mi espíritu. Oh guerrero fortísimo, que derramando tu propia sangre vences á los demonios y destruyes el reino del pecado y los vicios que asuelan el mundo; enséñame á pelear como peleaste, para que venza como venciste. Dame corazon varonil, para que yo tambien, como los soldados de Gedeon, quebrante con penitencias el cántaro de mi cuerpo, y resplandezca en mí la luz de las virtudes, de modo que huyan mis enemigos y alcance victoria de ellos. Oh Dios de las venganzas, enséñame á tomar venganza de mí mismo, porque te ofendí, pues si de mí me vengo, triunfaré de mis enemigos por la sangre de tu Hijo, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XLIII

DEL TÍTULO DE LA CRUZ DE CRISTO Y DE LAS CAUSAS MISTERIOSAS DE SU PASION QUE EN ÉL SE ENCIERRAN

PUNTO PRIMERO

Cuatro causas de la crucifixion de Cristo sacadas de las cuatro letras del título de la cruz: 1. *Iesus*. Por ser nuestro Salvador.—2. *Nazarenus*. Por el ejemplo de sus virtudes y por ser el Santo de los santos.—3. *Rex*. Porque su reino comenzó con estabilidad en la cruz.—4. *Iudaeorum*. Porque no sólo habia de reinar sobre los judíos, sino sobre todas las naciones por su cruz.

Pusieron sobre la cruz un título que decia: Jesus Nazareno, Rey de los judíos; y estaba escrito con letras hebreas, griegas y latinas (1).

Sobre este título se han de considerar las cuatro palabras que tiene; en las cuales, como dice San Márcos, se contenia la causa de Cristo, esto es, la causa porque le habian puesto en la cruz, no solamente la causa que tuvo Pilatos, sino principalmente la que tuvo el Padre Eterno para decretarlo y permitirlo.

IESUS.—1. La primera palabra del título es, *Jesus*, que quiere decir Salvador, porque vino á salvar el mundo, y á librarle de los pecados que tenia y de las penas que por ellos merecia. Y esta fué la primera causa de ser crucificado, para que con su muerte y con el derramamiento de su sangre, acabase la obra de nuestra redencion. Este nombre se le puso en la circuncision, tomando posesion del oficio de Salvador, con la poca sangre que allí derramó. Mas ahora se le pone encima de la cruz, como título de su pasion, porque acaba y perfecciona todo lo que pertenece á este oficio, con el derramamiento de toda su sangre. Pues como dice San Pablo: *Sin derramamiento de sangre no hay redencion* (1) de pecados, ni salvacion. ¡Oh dulcísimo Jesus, cuán caro os cuesta el oficio de Salvador, pues para salvarnos dais el precio de vuestra sangre, derramándola liberalmente, no una parte, sino toda, no poco á poco, sino á borbollones, vertiéndola por las llagas de vuestros piés y manos! ¡Oh nombre suavísimo de Jesus, cuán bien os cuadra ahora ser como *óleo derramado* (2), pues derramando la sangre, haceis de ella óleo que cure nuestras llagas y sane las dolencias de nuestras culpas! Oh liberalísimo Jesus, sed para mí Jesus, ejercitad conmigo el oficio de Salvador; sed para mí óleo que me cure, medicina que me sane, y ungüento olorosísimo que me conforte, aplicándome los frutos de vuestra redencion.

NAZARENUS.—2. La segunda palabra es, *Nazareno*, que quiere decir florido, en la cual se denota la segunda causa de haber subido Jesus al árbol de la cruz, para brotar en ella las flores excelentísimas de las virtudes que allí ejercitó para nuestra enseñanza y ejemplo; flores fueron su pobreza y obediencia, su mansedumbre y humildad, su paciencia y caridad. ¡Oh Jesus Nazareno, cuán florido estais en esa cruz! Toda la vida fuisteis muy florido, pero mucho más lo estais al fin de ella. Bien podeis decir

(1) Ioan. XIX, 19-20, Matth. XXVII, 37, Marc. XV, 26, Luc. XXIII, 38.

(1) Hebr. IX, 22.—(2) Cant. I, 2.

á vuestra esposa la Iglesia, *nuestro lecho está florido* (1), porque el lecho de la cruz está lleno de flores olorosísimas que brotais en ella. Admitidme, Señor, en este lecho vuestro, aunque sea estrecho, que bien cabremos los dos (2), pues Vos dijisteis: *A donde yo estoy, ahí estará el que me sirviere* (3). ¡Oh quién estuviese con Vos en la cruz, oliendo las flores que en ella brotasteis, y alentándose á brotar otras como ellas!

Tambien Nazareno quiere decir lo mismo que santo; en lo cual se denota, que este Señor que está en la cruz, *es el Santo de los santos* (4), y que muere no por culpas suyas, sino por las ajenas, para librar á los hombres de ellas y hacerlos santos, cumpliéndose lo que está escrito: Que en la cruz justificaria á muchos, quitando de ellos sus maldades, y pagando las penas que debian por ellas (5). Y estos son los frutos que nacen de aquellas flores, los cuales produce nuestro buen Jesus en su muerte; *porque el grano de trigo que cae en la tierra, si muere, lleva mucho fruto* (6). ¡Oh árbol florido y fructuoso, quién pudiese sentarse á tu sombra, y comer de tu dulce fruto hasta hartarse! (7). Oh dulce Jesus, que dijiste: *Subiré á la palma, y cogeré los frutos de ella* (8). Dame gracia que suba contigo á la palma de la cruz, y goce de los frutos que por ella produjiste, para que imitando tus virtudes, alcance la palma de la gloria que se merece por ellas. Amen.

REX.—3. La tercera palabra del título es *Rey*, en la cual se significa la causa porque Pilatos condenó

(1) Cant. I, 15. — (2) Isai. XXVIII, 20.
(3) Ioan. XII, 26. — (4) Dan. IX, 24.
(5) Isai. LIII, 11. — (6) Ioan. XII, 24-25.
(7) Cant. II, 3. — (8) Cant. VII, 8.

á Cristo á ser crucificado; es á saber: porque los judíos le acusaban de que era su rey, y es así que era Rey, no temporal, sino celestial y eterno, cuyo reino comenzó con estabilidad desde la cruz, porque escrito está: *que Dios reinaria desde el madero* (1); porque como el reino del pecado comenzó en un árbol, por la desobediencia del primer Adan, así el reino de Dios comenzó en otro árbol, por la obediencia de Cristo, que murió en él. De donde sacaré, que si quiero reinar con Cristo ha de comenzar mi reinado tambien desde la cruz, crucificando en ella mi hombre viejo, y destruyendo *el cuerpo del pecado* (2), porque los reinos de la tierra gózanse viviendo, pero el de Cristo muriendo. Oh Rey eterno, cuya corona y trono son eternos, y por eso la corona penetra vuestra cabeza con espinas, y en vuestro trono estais clavado con duros clavos, derramando por las heridas vuestra sangre, para conquistar con ella el reino que habeis prometido á vuestros vasallos, pues sois tan poderoso, que sentado en vuestro trono, con una sencilla vista destruis todo lo malo (3); destruid en mí todo lo que os ofende, para que entre con Vos á gozar de vuestro reino. Amen.

IUDAEORUM.—4. La última palabra del título es, *Rey de los judíos;* y aunque ellos no le quisieron recibir, y por esto pidieron que fuese crucificado; pero no por eso dejó de ser Rey, enviado por el Eterno Padre, para que reinase en ellos (4) y en todos aquellos que tuviesen la significacion de su nombre, que es confesar con verdadera confesion lo que Dios ha revelado, glorificándole por ello. Y á esta

(1) Ps. XCV, 10. — (2) Rom. VI, 6.
(3) Prov. XX, 8. — (4) Ps. II, 6.

causa el nombre se escribió con letras hebreas, griegas y latinas, para que todas las naciones del mundo, significadas por estas tres lenguas, conozcan á este Rey, y le adoren; *y toda lengua,* como dice San Pablo, *confiese que nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre* (1). Oh Hijo de Dios vivo, yo confieso que te cuadra muy bien este glorioso título, porque tú solo, y no otro, eres Jesus Nazareno, Rey de los judíos. ¡Oh si todo el mundo leyese este título y le admitiese, y todos te confesasen por su Rey y Salvador! ¡Oh título soberano en quien están cifrados todos los títulos que tengo para negociar mi salvacion! Por este título serán oidas mis oraciones, cumplidos mis deseos y remediadas todas mis necesidades. Oh Padre Eterno, reconoce este título, que está escrito sobre la cruz de tu Hijo; y pues es título del reino que compró para mí, admíteme dentro de él para que reine contigo por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO

Tres clases de personas leyeron el título de la cruz.—1. Los enemigos de Cristo, figura de los futuros herejes.—2. Los curiosos, en quienes se simbolizan los creyentes desaprovechados.—3. La Vírgen y San Juan, figura de los que saben aprovecharse de las verdades de nuestra fe.

Habiendo muchos leido este título, los pontífices de los judíos dijeron á Pilatos: No quieras escribir Rey de los judíos, sino, él dijo: Rey soy de los judíos (2).

1. Sobre este punto, puedo considerar tres suertes de personas que leyeron este título de la cruz de

(1) Philip. II, 11.—(2) Ioan. XIX, 20-21.

Cristo en el monte Calvario. La primera fué de los pontífices, fariseos, y otros mal intencionados y enemigos de Cristo nuestro Señor; los cuales tuvieron el título por falso y quisieron enmendarle. Estos son figura de los herejes y de los demás infieles que oyen y leen los libros sagrados, y los títulos y obras de la divinidad y humanidad de Cristo, y niegan muchas de ellas, y las quieren enmendar por su antojo y errado parecer.

2. Otros leyeron el mismo título por curiosidad, como es costumbre en tales cosas; pero no hicieron caso de él, ni le entendieron, ni penetraron el misterio que encerraba; y estos son figura de aquellos que oyen y leen las cosas de Cristo nuestro Señor, y las creen á bulto, y sin ahondar ni penetrar los misterios que en sí encierran, y así no sacan provecho de ellas.

3. Otros hubo en el monte Calvario, como fué la Vírgen sacratísima y el evangelista San Juan, los cuales leyeron el título con devocion, y le entendieron, y penetraron los misterios que encerraba, venerándolos con grande afecto de su corazon; y estos son figura de los que leen los libros sagrados y las verdades de nuestra fe, y procuran meditarlas y rumiarlas con devocion y espíritu para su propio provecho. A los cuales tengo yo de imitar, suplicando á la Vírgen Santísima y al glorioso San Juan, me alcancen la luz y espíritu con que leyeron y penetraron este título, para que con la misma lea yo, y penetre las verdades que la fe me enseña de Cristo mi Salvador; pues mi vida eterna (1) consiste en conocerle, amarle y servirle para siempre.

(1) Ioan. XVII, 3.

PUNTO TERCERO

En la firmeza de Pilatos en no querer mudar el título de la cruz, se simboliza la indefectibilidad de la sagrada Escritura, y la firmeza que hemos de tener en el bien propuesto.

Respondióles Pilatos: Lo que escribí, escribí (1).

Esta palabra dijo este presidente, movido por divina inspiracion, para que se entendiese que era verdad lo que el título contenia, y que por ninguna humana razon ni persuasion se habia de mudar; y así será, que lo que está escrito en este título y en la divina Escritura, para siempre estará escrito, y no se mudará ni faltará, por más que contra ello hagan los enemigos de la fe. De donde tambien tengo de aprender á tener firmeza en lo bueno que he propuesto y determinado por seguir á Cristo, y si el demonio, ó el mundo ó la carne me quisieren apartar de ello con tentaciones, tengo de responderles: Lo que escribí, escribí; lo que determiné, determiné, y no volveré atrás un punto, ni borraré lo que escribí, ni mudaré lo que una vez determiné. Oh Salvador del mundo, pues tan amigo eres de firmeza, que no consentiste que se mudase una letra de este título, suplícote me hagas tan constante en tu servicio, que nunca persuasion de mis enemigos baste á derribarme de él. Amen.

(1) Ioan. XIX, 22.

MEDITACION XLIV

DE LA PARTICION DE LAS VESTIDURAS DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Y DE LOS ESCARNIOS QUE PADECIÓ EN LA CRUZ

PUNTO PRIMERO

1. Los soldados por codicia parten entre sí las vestiduras de Cristo.—2. Cristo con su desnudez nos da ejemplo de perfectísima pobreza.—3. Por último nos muestra su inmensa caridad y liberalidad.

Despues que los soldados crucificaron á Jesus, tomaron sus vestiduras, y partiéronlas en cuatro partes, tomando cada uno la suya (1).

Sobre esta particion se han de considerar las causas y los misterios que están encerrados en ella.

1. De parte de los cuatro soldados, que fueron los cuatro verdugos que crucificaron al Señor, la causa fué su codicia; porque como era gente vil, cada uno quiso llevar su pieza de la vestidura, echando suerte sobre cuál pieza cabria á cada uno; y tambien la descosieron y dividieron á vista de Cristo, por escarnecer de él, como quien dice: Ya no tendreis más necesidad de vestiduras. Y cuando las partian quizá diria alguno: Rasguemos las vestiduras de este blasfemo, pues no quiso él rasgárselas, por las blasfemias que dijo contra Dios. De esta manera estaban allí atormentando los ojos y oidos de nuestro buen Jesus. Oh sagradas vestiduras, de las

(1) Ioan. XIX, 23, Matth. XXVII, 35, Luc. XXIII, 34.